

Mejor estar solo

Por: Morador Morado.

Mientras empacaba nerviosamente mi maleta, miles pensamientos recorrían mi mente “¿Por qué tenemos que mudarnos?” “¿Por qué debemos de ir a ese pueblo?”, todos esos pensamientos no filtrados que debí preguntarle a mis padres antes, pero ahora solo queda empacar. Supuse que un cambio vendría bien y aunque no estoy muy acostumbrado a ellos, tal vez un cambio radical en mi mundo sea exactamente lo que necesito.

Luego de desempacar en mi nueva habitación, abro la ventana y respiro algo de aire fresco mientras me decía a mí mismo –Oye, todo estará bien- agregué suavemente mientras contemplaba mi nuevo vecindario – Mañana será el primer día de escuela y mi primo estará ahí, no tengo de que preocuparme – Dije, intentando aliviar algo de ansiedad.

Bajando las escaleras y yendo hacía la sala, veo la cocina en mi horizonte y observo como mamá prepara una cesta de galletas. No demoro mucho en llegar al sofá mientras mamá se me acerca con la cesta y me mira fijamente.

-Ten – Dice mama extendiendo su brazo con la cesta en su mano – Mañana irás a tu escuela y compartirás esto con tus nuevos amigos – Remata diciendo – Tu primo dijo que un niño inteligente está en tu curso.

No tomo tiempo y empiezo a rodar mis ojos, miró a mama y digo – Má. No voy a llev... – Antes de que diga una silaba más, mamá me interrumpe con su clásico – ¡Pero nada! – dice levantando su voz – Quiero que tengas buenos amigos, así que compórtate – remata finalmente, dejando la cesta a mi lado y caminando molesta devuelta a la cocina.

No mucho pasa el resto del día y la noche llega para atormentarme de pensamientos. Imaginé todos los escenarios que podrían pasar en la escuela y todas las maneras en que podía arruinar mi imagen al segundo que abriera mi boca. Supuse que lo mejor sería quedarme cerca de mi primo y tal vez, de ser necesario, hablar con alguien más.

- Tal vez ese chico que mamá mencionó sea alguien cool –Pensé por un momento – Tal vez hasta haga otros amigos y podría invitarlos acá, a jugar videojuegos los fines de semana.

La alarma me levanta las 7:00 AM, debí haberme de quedado dormido dando vueltas en mi cabeza. Me alisto lo más rápido posible y bajo las escaleras, no me había dado tiempo de desayunar y mi primo ya estaba ahí, justo en la puerta de mi casa, esperándome para ir a la escuela.

- ¿Pero por qué te tardaste tanto? Me pregunta mientras me mira – Es el primer día, no quiero llegar tarde y que todos me miren – Agrega mientras se acomoda su mochila.

No digo nada, solo asiento con la cabeza y tomo un minuto para ver alrededor de mi casa. No había nadie alrededor pero sí logro ver la cesta de galletas en el comedor, justo al lado de la cocina, así que tomo la cesta y camino hacia mi primo, que me hacía señales de que me apurara.

-Entonces... –Dice mientras mira de reojo mi cesta – Es tu primer día así que debes de estar algo asustado, deja que te aclare unas cosas – Me dice mientras toma una de mis galletas rápidamente y caminando hacia la calle.

-Mamá me había dicho algo sobre ti y un amigo – Le interrumpo por la curiosidad que tenía de la conversación de ayer – ¿Cómo es el? ¿Vive cerca? – Bombardeo esas dos preguntas mientras tomamos el camino de la orilla, cruzando mi nuevo vecindario.

- ¡Ah sí! – Me responde con sorpresa, por su cara parece que se le había olvidado mencionarme sobre eso – Ese es Tomás, un chico que vive cerca de acá – Toma una pausa para tomar otra galleta y remata – Es bien, solo que está en silla de ruedas

- ¿Silla de ruedas? – Digo sobresaltado, no esperaba esa respuesta.

- Seh, silla de ruedas – Me responde tranquilo, mordisqueando el resto de galleta que le quedaba en su mano – Mira...primo –Dice sacudiéndose las manos –Tomás es cool, además de que es el estudiante de honor de tu grado.

Mi primo ajusta su mochila y se acerca a mí, tomándome del hombro como si fuésemos colegas, se ríe de mi expresión de nervioso y dice

- Probablemente hoy en la tarde hagan una ceremonia de bienvenida, para ti y los otros nuevos chicos – Comenta mientras señala a la escuela, que está a la vuelta de la esquina – Seguro Tomas será el encargado a dar las bienvenidas.

Cruzamos la calle y llegamos a la escuela. Los arbustos alrededor de la escuela tenían un tono grisáceo, junto al color de madera vieja, daban una extraña bienvenida a una escuela apagada, con una brisa deprimente y un aroma melancólico. Solo subir los tres primeros escalones me hizo sentir un escalofrío en mi espalda, justo en mi columna.

Imaginé que serían los nervios, así que entré y dejé la puerta abierta. Caminé diez pasos y escuché a mí primo cerrar la puerta detrás de mí. Rápidamente me alcanza y dándome una palmada en la espalda, me dice:

- Pues bien, acá estamos –Me mira con ojos de satisfacción, agrega una media sonrisa y mira al pasillo largo que tenemos adelante – Tu salón debe de ser el último, déjame acompañarte.

Caminamos unos pasos y apenas abrí la puerta, suspiré aliviadamente al ver que todos eran chicos normales, de mí edad. Varios en el fondo hablaban entre sí, mientras otros estaban a medias del salón, leyendo y platicando sentados en su mesa.

Doy unos pasos y entro al salón- Camino a uno de las mesas vacías del medio y apenas la despliego la silla, una chica me interrumpe y me saluda con emoción

- Por fin llegaste! –Me dice con una sonrisa en su cara- Me dijeron que vendría un chico nuevo y estoy segura de que eres tú – Agrega rápidamente sin dejarme responder – Siéntate acá y te presentaré al resto de los chicos.

No pude preguntar su nombre porque nunca dejó de hablar, así que mantuve mi mirada hacia ella e intentaba parecer lo más normal posible. Rápidamente, traía una oleada de chicos del salón a mi mesa, todos me saludaban y reían, contándome chistes sobre lo extraña que es la escuela y la ciudad.

De la nada sentí que todos mis nervios y ese peso de no encajar se habían ido en segundos. Era obvio que la pasaría bien acá, solo soy un miedoso a cambios supongo. Lo peor ya había pasado, acá estoy, rodeado de un salón de gente amistosa que no para de decirme lo genial que será este año escolar.

Luego de un momento escucho la puerta abrirse, la profesora del aula entra rápido y todos se van a sus sitios. De reojo veo como la primera hilera tiene una mesa solamente. No había silla, no había alumno, no había nada, solo una mesa vieja tirada a la esquina.

Con paciencia, la maestra deja sus libros en su escritorio y rápidamente se ajusta sus lentes, dando una mirada hacia mí, luego sonrío y me hace una seña con su mano.

- Ah, tú debes de ser el nuevo chico – Me dice con un tono cálido –Ven al frente y preséntate ante todos –Dice mientras me da la espalda y saca una tiza de su bolso, dando dirección a anotar algo en el pizarrón.

Camino tontamente hacía la pizarra y me paro en medio del salón, la timidez que tenía al entrar ya se ha ido del todo, ya los estudiantes me parecían amigos del montón, así que enderecé mi espalda y sonreí

-Hola, mi nombre es...

Apenas iba a la mitad de la oración, la puerta del salón se abre rápidamente y solo me da chance de ver por un segundo a una chica con prisa, que luego de abrir la puerta se aleja de ella y procede a entrar empujando algo.

La chica me mira y me da una sonrisa tímida, pero no lo pude notar, una nube de olor me golpeó en la cara y me dejó frío. Bajo la mirada y observo la silla de ruedas. No puedo asimilarlo, tal vez fue alguien antes, pero ahora solo veo piel blanca y ojos vacíos, un estomago abierto y marcas negras en las uñas, parte de lo que había sido alguna vez una pierna, solo se ve como un hueso oscuro y seco, con gusanos bailando cerca de él.

Me quedo inmutado, no puedo mover mis brazos o piernas, mi mirada solo se levanta y veo como la chica me mira con curiosidad, veo que sus labios se mueven, pero no puedo escuchar nada. Mi corazón late y mis hombros se tensan al punto de que siento que se romperán.

- Hola...chico? – ¿Dice la chica otra vez, mirándome fijamente – Estás ahí? -Dice acercándose un poco más a mí.

-S-sí –Logro responder con dificultad, no puedo evitar ver a la silla de ruedas y llevarme un golpe de realidad unido con asco – A-acá e-estoy –Digo con un tartamudeo errático.

-Bueno, este es Tomás – Dice mirando hacia abajo, donde el cadáver sigue frío e inmóvil –Tomás ¿tienes algo que decirle al nuevo chico no? – Agrega mientras vuelve a dirigir su mirada a mí.

El cadáver sigue inmóvil, veo como moscas revolotean cerca de su cabello desgastado, como moscas se posan encima de su cara y ojos blancos sin alguna reacción. Doy pasos hacia atrás y veo como el salón explota en risas, volteo y miro como hasta la profesora tiene una sonrisa juguetona marcada en su rostro.

- ¡Ay Tomas! – Agrega la chica que empujaba la silla – Que gracioso eres – Dice mientras empuja la silla a la mesa vacía, luego de dejarla, rápidamente se acerca a mí y me susurra –Siento que tú y Tomas serán buenos amigos.

La profesora quita su sonrisa y me dice que vuelva a mí asiento, en mi mente mientras camino no dejo de ver las moscas chocando con mi camino, y el olor a carne podrida que emana de la primera fila. Miro a la chica sentada al lado de mí, la misma que ayudo a presentarme y le envió un mensaje en una hoja de papel.

“¿Ves lo mismo que yo? ¿Qué es eso sentado al frente? ¿Qué está pasando?”

La chica abre el papel y me mira con disgusto, una mueca de asco y fastidio se dibuja mientras toma un lápiz y escribe en el mismo papel.

“Es un discapacitado inútil, se más considerado”

Al leer la nota, miro al frente y veo como la profesora mira su reloj y abre la puerta del salón una vez más.

-Casi lo olvido chicos –Dice mientras abre la puerta del aula – Tenemos que ir al teatro escolar, a ver la presentación de los nuevos estudiantes –Agrega con voz alta, mientras recoge su bolso y camina hacía el pasillo.

Me levanto lo más rápido posible y cruzo el salón en tiempo record. Llego al pasillo y no paro de correr sin mirar atrás, no pienso en nada más que salir por esa puerta, salir de la ciudad, volver a mi casa, mi verdadera casa. Esquivo puertas mientras se abren, hasta que una lleva detrás a mi primo, el cual rápidamente me mira

-Oye que haces? –Exclama mientras me mira con los ojos bien abiertos –Tenemos que ir al teatro, es hora de tu acto de bienvenida tonto –Me dice tomándome del brazo.

Caminamos por otro pasillo, dando al final un teatro bastante pequeño, con asientos de madera y decoraciones de tela roja. La luz por las ventanas apenas puede entrar, y la iluminación es poca y amarillenta. Veo como todos toman sus asientos en silencio, mientras que los profesores se sientan en cada esquina de las hileras. Las luces iluminan el teatro y en el centro está el.

Está la silla de ruedas, está el, están las moscas, está el olor, es Tomas.

No podía creer como todos llegaron tan rápido, o como eso estaba ahí, pero ahí estaba. Mi primo me hace tomar asiento y mirándome fijamente, nota mi cara de miedo.

-Sigues con tu timidez a la escuela? –Agrega torpemente –Relájate y come de esas galletas que traías, estás bien –Remata tomando una galleta de mi mochila, donde estaba la cesta.

Veo a la chica que empujaba la silla en el escenario, ajusta el micrófono y lo coloca cerca de los labios de Tomas en la silla. Luego se inclina una vez mas.

¡Para todos los nuevos chicos! –Dice en el micrófono, mientras una estática leve sigue su voz – Tomas dirá unas palabras para ustedes – Agrega mientras se aleja discretamente, haciendo que sus pisadas resuenen en el micrófono.

La luz amarilla se posa en la silla, en el cuerpo con manchas de sangre negra en su uniforme, en la forma en la que las moscas revolotean por encima de su cabeza. Su boca parcialmente abierta y su lengua morada no se mueven, pero volteo a mi alrededor y veo gente atenta, riendo de vez en cuando y retumbando a comentarios que no se han dicho. Pasan minutos de completo silencio, un silencio que podría cortarme la piel. Aun así, soy el único en percatarse, el único cuerdo, el único que quiere correr por la puerta y llorar camino a casa, luego seguir corriendo, hasta que las piernas no me den y quede sin energías, postrado en la calle de algún sitio que no sea este.

Luego de lo que pareció una eternidad, el silencio se interrumpe por una ronda de aplausos y una ovación. Todos se levantan y mi primo me hace señales de que haga lo mismo, se escuchan silbidos y alegría en el teatro.

-Te dije que Tomas sabe dar buenos discursos –Me dice mi primo mientras aplaude, en forma de alardeo – ¿Que te pareció el discurso? –Añade entre aplausos.

-No sé –Respondo mientras tomo la última galleta de mi bolso – Solo sé que prefiero estar solo por ahora. – Agrego mientras entre tambaleo, muerdo la galleta.